

Veritatis Gaudium

Algunos elementos de discernimiento

Benoit Mathot
Doctor en Teología
Universidad Católica del Maule
bmathot@ucm.cl

1. Introducción

Esta breve contribución trata de un texto magisterial importante – *Veritatis Gaudium* –, que nos ofrece una ocasión, y sobre todo un horizonte, para poder pensarnos como universidad *católica* en el contexto de crisis eclesial que conocemos ahora en Chile.

Concretamente, no voy a hacer la exégesis detallada de todo este documento, sino ir a lo que me parece a mí esencial, sobre todo en el proemio de la Constitución, para después poner en perspectiva estos contenidos esenciales con otros textos del Papa Francisco, y también con la actualidad que no podemos desconocer.

¿De qué trata este texto *Veritatis Gaudium* (la felicidad de la verdad) del Papa Francisco? Trata de las universidades y de las facultades eclesiásticas (es el subtítulo del documento), con el proyecto de actualizar, en el espíritu del Concilio Vaticano II, la última constitución pontifical sobre el mismo sujeto, *Sapientia christiana*, promulgada por el Papa Juan Pablo II en 1979. Como lo dice el Papa Francisco: “Después de casi cuarenta años, hoy es urgente y necesaria una oportuna revisión y actualización de dicha Constitución Apostólica en fidelidad al espíritu y a las directrices del Vaticano II. Aunque sigue siendo plenamente válida en su visión profética y en sus lúcidas indicaciones, se ha visto necesario incorporar en ella las disposiciones normativas emanadas posteriormente, teniendo en cuenta, al mismo tiempo, el desarrollo de los estudios académicos de estos últimos decenios, y también el nuevo contexto socio-cultural a escala global”.

Se trata pues de una actualización y de un “relanzamiento”, aquí de las facultades eclesiásticas (es decir de las instituciones que dependen directamente de la Iglesia católica) y de los estudios eclesiásticos (es decir de la teología y de las ciencias religiosas), pero pienso que podemos también hablar de una actualización

y de un relanzamiento de la dinámica específicamente cristiana que anima (o debe animar), más largamente, las instituciones universitarias católicas. En nuestro caso, no somos como tal una institución eclesial, pero el sello católico de nuestra universidad nos sitúa, sin embargo, bajo el horizonte de esta Constitución apostólica, y a este título este texto nos interesa y nos interpela directamente.

2. Una larga historia teológica

Voluntariamente, no voy a entrar en los detalles de la evolución histórica que nos ha conducido, primero, de las orientaciones de Vaticano II (principalmente contenidas en el texto *Optatam Totius*) a la Constitución *Sapientia christiana* de 1979, y segundo, de *Sapientia christiana* a *Veritatis Gaudium* (del Papa Francisco). En efecto, este relato histórico, que representa también una exploración más técnica de los diferentes textos magisteriales sobre la educación cristiana, si es interesante en sí mismo, no me parece sin embargo decisivo para la actividad que nos concierne hoy. Solo vamos a mencionar una serie de conceptos muy importantes, contruidos a través de la evolución teológica del siglo XX, que dibujan una cierta comprensión de la evangelización, y que vamos a encontrar de nuevo (pero esta vez reasumidos a través de un nuevo contexto) en el texto del Papa Francisco. Como ejemplos de estos conceptos centrales que aparecieron en los textos más antiguos (que van *grosso modo* del Concilio Vaticano II a la constitución *Sapientia christiana* de 1979), podemos mencionar, entre otros:

La idea de una correlación fundamental entre, por una parte, “*el estudio sistemático de la Tradición cristiana*” y, por otra parte, el polo de la situación existencial del ser humano (a través del “*diálogo con los hombres de su tiempo, en escucha profunda de sus problemas, sus heridas y sus necesidades*”). Encontramos aquí la idea central de una teología que debe referirse, no solamente a la Revelación cristiana (o la dimensión trascendente), sino también a los seres humanos, en su vida real, en su existencia concreta, así como a la sociedad y a la cultura.

Una verdadera preocupación pastoral, y que debe ser pensada al nivel de la Iglesia universal. Esta preocupación pastoral implica necesariamente la crítica y la superación de un cierto “regionalismo” del pensamiento teológico que sería incapaz de proyectarse más allá de su propio contexto, de su propia diócesis, de su horizonte contingente. Se trata pues de abrir la teología a la posibilidad de “*las extremidades de la tierra*”, como lo menciona el texto.

Encontramos también la voluntad de reconciliar la fe cristiana y la vida de fe. La idea aquí es que los estudios eclesiásticos, no solamente transmitan contenidos teológicos, sino también que puedan iniciar los estudiantes a un encuentro con el “misterio del Cristo”, a través de la meditación de las Escrituras, de una participación a la liturgia, y de un “*estudio sistemático de la Tradición viva de la Iglesia*”.

Encontramos igualmente en los textos más antiguos la promoción de una profunda inculturación de la fe cristiana, como de la dinámica de evangelización. Como lo afirma el proemio de *Sapientia christiana*: “*la misión de evangelizar, que es propia de la Iglesia, exige no sólo que el Evangelio se predique en ámbitos geográficos cada vez más amplios y a grupos humanos cada vez más numerosos, sino también que sean informados por la fuerza del mismo Evangelio el sistema de pensar, los criterios de juicio y las normas de actuación; en una palabra, es necesario que toda la cultura humana sea henchida por el Evangelio*”.

Por último, esta evangelización es indisoluble del desarrollo general de los pueblos, como de un humanismo nuevo e integral, al servicio de una civilización del amor. Esto es un punto esencial, porque tiene que ver con la articulación de la enseñanza teológica con toda la doctrina social de la Iglesia. Muchos textos pontificales hablan de la necesidad de articular evangelización y desarrollo. Podemos citar, por ejemplo: *Evangelii nuntiandi* y *Populorum Progressio* (del Papa Pablo VI), la Constitución apostólica *Redemptoris Hominis* (del Papa Juan Pablo II), *Caritas in veritate* (del Papa Benedetto XVI), o *Laudato Sí* (del Papa Francisco). La idea que orienta de este conjunto de textos es muy bien expresada por Pablo VI, cuando dice que “*el desarrollo de los pueblos – clave imprescindible para fomentar la justicia y la paz a nivel mundial – debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre*”.

Presenté aquí cinco ideas clave de los textos magisteriales que hablan de educación cristiana y de evangelización. Sin embargo, si estos objetivos iniciales se mantienen a través del tiempo (antes, hoy y mañana) como preocupaciones permanentes de la teología católica, como de las instituciones universitarias católicas, el Papa Francisco indica que la situación actual del mundo y de la Iglesia implica pasar a otra etapa, y de una cierta manera, actualizar el logicial. El Papa Francisco escribe así: “*la tarea urgente en nuestro tiempo consiste en que todo el Pueblo de Dios se prepare a emprender con espíritu una nueva etapa de la evangelización. Esto requiere «un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma*”.

¿Pero qué pasó en la cultura, en la sociedad y en la Iglesia para que el Papa Francisco deseara esta evolución de la formación cristiana? El Papa Francisco afirma que estamos viviendo ahora, no solamente una época de cambios (como lo conocen todas las épocas a través de la historia), sino más bien *“un verdadero cambio de época, que está marcado por una «crisis antropológica» y «socio-ambiental» de ámbito global, en la que encontramos cada día más «síntomas de un punto de quiebre, a causa de la gran velocidad de los cambios y de la degradación, que se manifiestan tanto en catástrofes naturales regionales como en crisis sociales o incluso financieras». Se trata, en definitiva, escribe el Papa, de «cambiar el modelo de desarrollo global» y de «redefinir el progreso»: «El problema es que no disponemos todavía de la cultura necesaria para enfrentar esta crisis y hace falta construir liderazgos que marquen caminos»”*.

Frente a este programa que tiene un alcance considerable, sentimos bien que lo que propone Francisco va más allá de la necesidad de una reforma de la formación cristiana y de los estudios eclesiásticos. En efecto, escribe el Papa: *“esta enorme e impostergable tarea requiere, en el ámbito cultural de la formación académica y de la investigación científica, el compromiso generoso y convergente que lleve hacia un cambio radical de paradigma, más aún – me atrevo a decir – hacia «una valiente revolución cultural». En este empeño, la red mundial de las Universidades y Facultades eclesiásticas está llamada a llevar la aportación decisiva de la levadura, de la sal y de la luz del Evangelio de Jesucristo y de la Tradición viva de la Iglesia, que está siempre abierta a nuevos escenarios y a nuevas propuestas”*. Es aquí, según mi lectura, que podemos (y que debemos) como universidad católica ser un actor del cambio que nos propone el Papa. Por supuesto, no somos una Universidad eclesiástica, y nosotros como Facultad de Ciencias Religiosas y Filosóficas, no somos una Facultad eclesiástica, como lo comprende la Santa Sede. Sin embargo, como Facultad y como Universidad Católica del Maule, somos católicos, y esta pertenencia católica debe forzosamente implicar (y de hecho implica) una serie de consecuencias.

3. Una hermenéutica evangélica

Según yo, la palabra clave que puede ayudarnos a cumplir los desafíos planteados por el texto de la Constitución *Veritatis Gaudium* aparece cuando el Papa habla de una hermenéutica evangélica. El Papa escribe, en efecto: *“Cada día es más evidente la «necesidad de una auténtica hermenéutica evangélica para comprender mejor la vida, el mundo, los hombres, no de una síntesis sino de una atmósfera*

espiritual de búsqueda y certeza basada en las verdades de razón y de fe". ¿Qué significa este concepto un poco oscuro de "hermenéutica evangélica? Significa que el Evangelio debe ser nuestra brújula para leer la realidad, para relacionarnos con la gente, para discernir las pistas de acción en vista de una humanización siempre más profunda de la sociedad y de la cultura.

Pero atención, porque cuando el Papa escribe que el Evangelio debe devenir nuestra clave hermenéutica, pienso que no designa simplemente el hecho de hacer nuestros los valores cristianos, que todo el mundo puede reivindicar como fundamentos de su identidad, pero que a veces son bien confortables, justamente para no entender que situarse en la estela del Evangelio exige una verdadera radicalidad en el compromiso. Una radicalidad evangélica que subvierte el orden del mundo como está; una radicalidad que deconstruye las prioridades y los valores tradicionales que nuestro sistema económico valoriza; una radicalidad que nos incita a mirar nuestros hermanos y nuestras hermanas humanos, comenzando por los más débiles y pobres, como tantos rostros vivos de Dios mismo. Entrar en este compromiso, que fue el compromiso de Jesús en su época, es entrar en un riesgo, así como en la incertidumbre de una búsqueda que nunca puede prevalerse de un saber o de un sistema.

Sobre el camino que nos abre esta búsqueda, el Papa indica que *"La filosofía y la teología permiten adquirir las convicciones que estructuran y fortalecen la inteligencia e iluminan la voluntad... pero todo esto es fecundo sólo si se hace con la mente abierta y de rodillas. El teólogo que se complace en su pensamiento completo y acabado es un mediocre. El buen teólogo y filósofo tiene un pensamiento abierto, es decir, incompleto, siempre abierto al maius de Dios y de la verdad, siempre en desarrollo"*. Elogio de la incompletud y de la búsqueda, de la apertura y del desarrollo. Sin olvidar la humildad...

En realidad, pienso que la "humildad" y la "radicalidad" son dos otras palabras íntimamente relacionadas, y clave para entrar en los desafíos que nos plantea el Papa Francisco cuando nos habla de la revolución cultural que debemos intentar. Además, estos dos conceptos tienen que ver con la idea de una *"Iglesia en salida"*, que plantea también Francisco en su texto. Una Iglesia en salida, en efecto, es justamente esta Iglesia que, teniendo su centro en Jesús Cristo, puede ir hacia todas las periferias existenciales, que no queremos acoger como parte de nosotros, pero que nos ofrecen, sin embargo, una mirada más libre y más amplia sobre el sentido que podemos dar a nuestra vida. Por último, en nuestro caso, como Departamento de Teología, las

palabras “humildad” y “radicalidad” fueron también las dos palabras que guiaron nuestra reflexión para pensar el futuro de nuestro Departamento de Teología.

4. Criterios de discernimiento

Para concluir este texto, quisiera destacar los 4 criterios que, según el Papa, deben orientar nuestra reflexión. Cito a Francisco: *“En este horizonte amplio e inédito que se abre ante nosotros, ¿cuáles deben ser los criterios fundamentales con vistas a una renovación y a un relanzamiento de la aportación de los estudios eclesiásticos a una Iglesia en salida misionera? Podemos enunciar aquí al menos cuatro, siguiendo la enseñanza del Vaticano II y la experiencia que la Iglesia ha adquirido en estos decenios de aprendizaje, escuchando al Espíritu Santo y las necesidades más profundas y las interrogantes más agudas de la familia humana.”*

Criterio 1: dejarse introducir, espiritualmente, intelectualmente y existencialmente en el corazón del *kerigma*, es decir de *“la siempre nueva y fascinante buena noticia del Evangelio de Jesús”*. Dicho de otra manera, se trata de entrar en el *“misterio de la salvación, del que la Iglesia es en Cristo signo e instrumento en medio de los hombres”*, lo que implica una comprensión del misterio que *“trasciende siempre toda expresión institucional”*. Este primer criterio es importante, porque permite pensar lo colectivo y la comunidad, lo que el Papa nombra *“la mística de vivir juntos”*, y que se concretiza en una *“fraternidad universal”* y en una *“espiritualidad de la solidaridad global”*.

Criterio 2: el diálogo (la experiencia del diálogo) a todos los niveles. No como una táctica, sino como una *“exigencia intrínseca”*, como un modo de ser que debe animar el cristiano, en vista de una auténtica *“cultura del encuentro”*. Como lo escribe el Papa Francisco, se trata de favorecer *“el diálogo con los cristianos pertenecientes a otras Iglesias y comunidades eclesiales, así como con los que tienen otras convicciones religiosas o humanísticas, y que también se mantuviera una relación «con los que cultivan otras disciplinas, creyentes o no creyentes», tratando de «valorar e interpretar sus afirmaciones y juzgarlas a la luz de la verdad revelada”*. Aquí el desafío es grande para los estudios eclesiásticos, que deben aprender a integrar este componente dialógico en sus *“principios inspiradores”* (que sea a nivel de las disciplinas enseñadas, como a nivel pedagógico y didáctico).

Criterio 3: la interdisciplinariedad (o la transdisciplinariedad). En esta perspectiva, se trata de *“ofrecer, a través de los distintos itinerarios propuestos*

por los estudios eclesiásticos, una pluralidad de saberes que correspondan a la riqueza multiforme de lo verdadero, a la luz proveniente del acontecimiento de la Revelación”. Es interesante ver la articulación que el Papa hace entre, por una parte, una pluralidad de saberes, y por otra parte, la “unidad de su fuente trascendente”. Esta articulación se aplica a los estudios eclesiásticos, pero también “en relación con el panorama actual, fragmentado y no pocas veces desintegrado, a los estudios universitarios y al pluralismo ambiguo, conflictivo o relativista de las convicciones y de las opciones culturales”. Sin embargo, tenemos que tener cuidado, porque cuando el Papa nos habla del principio de interdisciplinariedad, no habla simplemente de la yuxtaposición de varios saberes (lo que sería más bien la definición de la multidisciplinariedad). En realidad, por la expresión “interdisciplinariedad”, el Papa designa más bien una “transdisciplinariedad” que debe ser comprendida, nos dice Francisco, “como ubicación y maduración de todo el saber en el espacio de Luz y de Vida ofrecido por la Sabiduría que brota de la Revelación de Dios”. Se percibe así que frente a la crisis que conocen hoy los estudios teológicos (crisis provocada por una serie de factores muy diversos), la solución propuesta por el Papa no consiste simplemente a abandonar una perspectiva teológica y confesional (tonta y sin futuro) para poder adaptarse mejor a las exigencias del mercado religioso, sino de volver a las raíces evangélicas para pensar una nueva articulación de la Tradición con el contexto actual.

Pienso personalmente que este retorno a nuestras raíces evangélicas (si las comprendemos como están, es decir como un gesto de contestación del orden del mundo que abre un futuro esperanzador para todos y todas), este retorno puede ser más potente que todas las adaptaciones al mercado religioso (aunque debemos considerar las transformaciones actuales de lo religioso como un dato central de la nueva síntesis que debemos pensar).

Criterio 4 (el último): la necesidad de “crear redes entre las distintas instituciones que, en cualquier parte del mundo, cultiven y promuevan los estudios eclesiásticos, y activar con decisión las oportunas sinergias también con las instituciones académicas de los distintos países y con las que se inspiran en las diferentes tradiciones culturales y religiosas; al mismo tiempo, establecer centros especializados de investigación que promuevan el estudio de los problemas de alcance histórico que repercuten en la humanidad de hoy, y propongan pistas de resolución apropiadas y objetivas”. Crear redes, crear puentes, crear relaciones: entre las personas, entre las disciplinas, entre las instituciones, entre las religiones, para avanzar juntos sobre el camino de un proyecto común para un mundo siempre

más interconectado e interdependiente. Es el desafío que propone el Papa, no solamente a la Iglesia, sino también a las universidades católicas, y en particular a las Facultades de Teología y de Filosofía. Para la teología, justamente, no se trata más de transmitir “*una colección de cosas muertas*” (la expresión es de Benedetto XVI), sino de “*irrigar diversas tierras, va alimentando diversas geografías, haciendo germinar lo mejor de esa tierra, lo mejor de esa cultura. De esta manera, el Evangelio se sigue encarnando en todos los rincones del mundo de manera siempre nueva*». Y aquí el Papa nos asigna una misión apasionante, que sin duda puede ser un aporte fecundo y positivo, no solamente a la teología en sí misma, sino a nuestra universidad, y quizás también a nuestra Diócesis. Cito el Papa: *No hay duda de que la Teología debe estar enraizada y basada en la Sagrada Escritura y en la Tradición viva, pero precisamente por eso debe acompañar simultáneamente los procesos culturales y sociales, de modo particular las transiciones difíciles. Es más, «en este tiempo, la teología también debe hacerse cargo de los conflictos: no sólo de los que experimentamos dentro de la Iglesia, sino también de los que afectan a todo el mundo». Se trata de «aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso», adquiriendo «un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida*”. Tenemos en efecto, a veces, una visión un poco “angélica” del catolicismo como de su teología, que se presentarían idealmente a través de una serie de mensajes buenos e inofensivos (casi cursi). En realidad, nos dice el Papa, se trata más bien de asumir los conflictos, de entrar en las tensiones, porque son datos constitutivos de todo proceso de vida y de existencia. La paz, la unidad y la armonía cristianas no son, de ninguna manera, una negación o una evitación de los conflictos, sino un valiente camino de diálogo y de conversión recíproco para transformar estos conflictos en nuevos procesos de vida. Al final, nos dice el Papa Francisco, no se trata de “*apostar a un sincretismo ni a la absorción de uno en el otro, sino a la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna*”.

Conclusión

Quisiera concluir mi intervención dejando las últimas palabras de envío al Papa Francisco que voy a citar largamente:

“En todos los países, las Universidades constituyen la sede principal de investigación científica para el progreso del conocimiento y de la sociedad, y desempeñan un papel determinante para el desarrollo económico, social y cultural,

sobre todo en un tiempo, como el nuestro, caracterizado por rápidos, constantes y evidentes cambios en el campo de la ciencia y la tecnología.

En este sentido, se están proyectando polos de excelencia interdisciplinarios e iniciativas destinadas a acompañar la evolución de las tecnologías avanzadas, la cualificación de los recursos humanos y los programas de integración. También los estudios eclesiológicos, en el espíritu de una Iglesia «en salida», están llamados a dotarse de centros especializados que profundicen en el diálogo con los diversos ámbitos científicos. La investigación compartida y convergente entre especialistas de diversas disciplinas constituye un servicio cualificado al Pueblo de Dios y, en particular, al Magisterio, así como un apoyo a la misión de la Iglesia que está llamada a anunciar la Buena Nueva de Cristo a todos, dialogando con las diferentes ciencias al servicio de una cada vez más profunda penetración y aplicación de la verdad en la vida personal y social.

Así, los estudios eclesiológicos serán capaces de dar su contribución específica e insustituible, inspiradora y orientadora, y podrán dilucidar y expresar su tarea de modo nuevo, interpelante y real. ¡Siempre ha sido y siempre será así! La teología y la cultura de inspiración cristiana han estado a la altura de su misión cuando han sabido vivir con riesgo y fidelidad en la frontera. «Las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones poseen valor hermenéutico que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación. Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan. Todo esto nos ayuda a profundizar en el misterio de la Palabra de Dios, Palabra que exige y pide dialogar, entrar en comunicación».

Esto que hoy emerge ante nuestros ojos es «un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración», también para las Universidades y Facultades eclesiológicas.»